

EL SENTIDO DE LA LIBERTAD

EN NIKOS KAZANTZAKIS

Ana V. Paissanidis de Georgalos

La noble expresión «sociedad libre» no puede tener más que un significado formalista si falta amor entre los ciudadanos, si los odios desintegran el cuerpo político. Actualmente la discusión política acerca de la libertad debe tener un contenido más sólido para ser tomada por los pueblos del mundo, cuyas vidas personales y colectivas acusan cada vez más el impacto de la ley de «complexificación» de Teilhard de Chardin.

El hombre cuya libertad está en discusión es y será siempre un ser político y social. Y también en Kazantzakis hallamos otra dirección que no vacilaré en llamar teológica.

El tema es fundamental. En el prólogo de su extenso tratado sobre el hombre y la vida mora, Santo Tomás enuncia la singular prerrogativa humana que es también condición de toda religión y moralidad. Afirma que el hombre ha sido hecho a imagen de Dios y que por imagen se entiende aquí que el hombre es inteligente, libre en su capacidad de elección y responsable de sí mismo, fuente activa de todo lo que realiza. Esta declaración nos remite directamente a una cita de San Juan Damasceno que sintetiza la exégesis de la patrística griega acerca de lo primero que se dice sobre el hombre en las *Escrituras* (*Gén. I, 26-27*).

Explorando las profundidades del ser humano, vemos que no se trata de que el hombre goce de elegir ocasionalmente esto o aquello. Decir que el hombre es libre equivale a afirmar que puede y, en última instancia, deberá hacer su elección final y definitiva, que está colmada de eternas consecuencias; el hombre puede elegir a Dios o puede elegir rechazar a Dios. Decir que el hombre es libre es sostener, con Teilhard de Chardin, que el hombre debe afrontar el riesgo de la hamartía cósmica: una deficiencia, una negativa, un fracaso haría cambiar todo el sentido de la evolución, que es la ascensión personal del hombre hacia una conciencia cada vez mayor y su crecimiento colectivo a una comunidad de amor.

La primera verdad del hombre es que es libre. La primera verdad acerca de Cristo es que Él es el Liberador. Por Cristo el hombre recibe su libertad. San Pablo, hablando de la humanidad, clamaba suplicante que se lo librara de este «cuerpo de muerte» (*Rom. 7, 24*), que no es otra cosa que la condición humana interna y externa, y así proclamaba la buena nueva de la proximidad de la liberación, «porque la

ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me libró de la ley del pecado y de la muerte» (Rom., 8,2).

Pero también vivir la libertad para la que Cristo nos hizo libres (Gál. 5,1) es vivir la tensión antagónica entre libertad y autoridad. El cristiano vive su libertad como un deber, como obediencia, como responsabilidad, como un ser-para-los-otros dentro de la comunidad.

«¿Cómo lograr un acuerdo entre dos antepasados que combaten en mí, el fuego y la tierra?

«Yo sentía que ése era mi deber, mi único deber: reconciliar lo irreconciliable, hacer subir del fondo de mí mismo las tinieblas atávicas y transformarlas en luz. ¿Acaso no es el método de Dios? ¿No es el que debemos aplicar ahora nosotros siguiendo sus huellas? Nuestra vida es un campo fugaz, pero tendremos tiempo.

«El universo entero, sin saberlo, sigue este método. Cada ser viviente es un taller donde Dios, oculto, modela el barro y lo transforma... Y ahora, por primera vez desde que el mundo existe, ha sido permitido al hombre penetrar en el taller de Dios y trabajar con él. Y cuanto más logra transformar la carne en amor, en valor y en libertad, más se convierte en el Hijo de Dios»¹.

«Vivid como hombres libres», exhorta San Pedro a los fieles, «y no como quien tiene la libertad como cobertura de la maldad, sino como siervos de Dios» (I Pedro,2, 16).

«Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad», proclama San Pablo y añade: «Pero cuidado con tomar la libertad como pretexto para servir a la carne, antes servíais unos a otros por la caridad» (Gál. 5,13).

La libertad es, según los filósofos contemporáneos, la existencia misma del hombre. Es así dentro de los límites de la filosofía. Pero Pablo sugiere una verdad más profunda: la libertad es amor, es el contenido de la nueva ley en la que viven los hijos de Dios.

¿Qué relaciones hay entre la libertad y la humanidad del hombre? Para el hombre moderno, su libertad y su humanidad son equivalentes. Esto no significa que por ser libre se es humano. Mientras que si decimos que cuando somos humanos somos libres y, en la misma medida en que somos humanos somos libres, esa aseveración tiene validez y consistencia. El núcleo de la actual crisis de libertad es el enorme deseo del hombre, no de ser libre a la manera de un fantasma vacío, sino de que se le conceda la libertad de ser hombre. Este es el derecho y la necesidad de todo ser humano hoy.

1 Nikos Kazantzakis, *Carta al Greco. Obras Selectas*, 1973, Ed. Planeta, Barcelona, p. 30.

Tanto la libertad como la creatividad implican una acción recíproca. En la creación realizada por el artista o en el mundo ficticio del novelista existe objetividad, pero no como un hecho puro que el hombre y lo humano no hayan contribuido a moldear de alguna forma.

En la fórmula cristiana «*ama et fac quod vis*» (ama y haz lo que quieras), el hombre no violará jamás la relación de amistad o amor con su prójimo o con Dios. Y además esta relación no será nunca un obstáculo para su libertad: no hay condicionamientos para el amor, no se afirma que uno solo debe ser el camino. La libertad de elección es una posesión única e invaluable. La meta final de toda nuestra esperanza es el amor.

Debería quedar bien claro que el verdadero amor hace lo que desea y permite que los demás lo hagan. En la búsqueda y el anhelo de una energía internalizada, no condicionada y, por ende, creativa.

«¡Qué milagros son, en realidad, el ojo, el oído, la mente del niño! ¡Cómo absorben ellos insaciablemente el mundo para colmarse de él! El mundo es un pájaro de alas rojas, verdes, amarillas; ¡cómo lo persigue el niño para atraparlo!»

«En verdad, nada se parece tanto al ojo de Dios como el ojo del niño que por primera vez ve y crea el mundo!»².

«Reinaba en Naxos una gran dulzura... Contemplaba a los hombres: jamás habían sentido terror a los temblores de tierra ni al turco; sus ojos no quemaban. Aquí la libertad había extinguido la pasión de la libertad y la vida se dilataba como un lago dormido, feliz. Creta se convertía en una leyenda, en una remota nube rebelde...»³.

«¿Qué es esta corteza de tierra, delgada, inestable, agrietada, sobre la que se arrastran estos parásitos cubiertos de sangre, cubiertos de lodo -los hombres-, que piden la libertad?»⁴.

«Joven todavía, me tracé un plan, como hace el general antes de iniciarse la batalla:

- 1) el cuerpo debe estar sometido al alma;
- 2) el alma debe estar sometida a una finalidad;
- 3) la finalidad debe estar sometida a la armonía; colaboración del individuo y el universo»⁵.

2 Ibid., p. 56.

3 Ibid., p. 112.

4 Ibid., p. 126

5 Ibid., p.162-3.

«Escribía y hacía lo que quería, me sentía lleno de orgullo, era un dios, transformaba la realidad, la recreaba tal como la hubiese deseado... todo era una arcilla que yo modelaba según mi capricho, libremente, sin pedir permiso a nadie...»⁶.

Para que el hombre pueda ser libre así, deberá eliminar y superar muchas fantasías e incluso temores y sentimientos de culpa. Ya se hacía eco de esas fantasías incluso el mito de Prometeo en la tradición clásica; con el tema de la *hybris*, en las grandes obras de la tragedia griega, en la leyenda del Fausto y, en nuestros días, en *El rebelde* de Camus. En consecuencia, tras la búsqueda de lo humano se oculta la pesada carga de la hostilidad, la rebelión. El romanticismo no fue capaz de eliminar esas cargas. El cristianismo reconoce el proyecto humano y cuenta con los medios necesarios para hacer desaparecer las gravosas cargas del rebelde en esta «era antropológica».

El comunismo, el fascismo y el nazismo originaron los confinamientos más atroces. Los hombres buscaban la fraternidad y se encontraron con hormigueros. «En lugar de la súbita ascensión de la conciencia -dice Teilhard de Chardin⁷-, es la mecanización que emerge de una manera inevitable de la totalización». La falencia reside en haber descuidado las fuerzas de la libertad que surgen de las profundidades de la persona humana y que son una fuerza basada en el amor y no en la coerción o el temor.

El amor es la única energía en el mundo capaz de personalizar totalizando. Sólo el amor une a los seres humanos, los completa y los hace plenos. Y no me refiero sólo al amor carnal entre hombre y mujer, sino al amor de padres e hijos, al amor de la amistad y al amor a la patria. Kazantzakis rinde tributo a ese amor en todas y cada una de sus obras. Desde *Carta al Greco a Cristo de nuevo crucificado*, *Ascesis*, *Hermanos enemigos*, *Libertad o muerte*, *El pobre de Asís*, *La última tentación*, *Alexis Zorba* o *Cristóbal Colón*.

Por tanto, para que los hombres sigan avanzando en el pleno ejercicio de su libertad, hacia la unidad en la *noósfera* (*nous*=mente) que es su destino, su capacidad de amar debe desarrollarse gradualmente. Lo que Teilhard llamó «planetización» -intensificación de la temperatura psíquica de la *noósfera*- debería transformarse en *amorización*».

«El que viaja a Grecia y tiene ojos para ver e inteligencia para reflexionar, viaja de victoria espiritual en victoria espiritual, en una mágica unidad ininterrumpida. Aquí, en Grecia, se tiene la convicción de que el espíritu es la consecuencia natural y la flor de la materia, y el mito es la expresión simple, global, de la realidad más positiva...»⁸.

6 Ibid., p. 175.

7 Teilhard de Chardin, *Oeuvres*, vol. I, *Le phénomène humaine* (1938-1940), París, 1955.

8 N. Kazantzakis, *Op. cit.*, p. 191.

Existen, y existieron siempre, crisis de libertad. Tras las encarnizadas guerras mundiales y la revelación de los campos de concentración nazis y soviéticos, años después de las dictaduras últimas, no podemos olvidar esos avasallamientos de la libertad de dimensiones mundiales. El muro de Berlín cayó. Pero incluso hoy la violación de las libertades básicas en ciertas latitudes sigue provocando indignación. Quién más que Kazantzakis nos hace revivir las continuas luchas de los griegos por su libertad, única e invaluable. De ahí su indiscutible vigencia.

«A partir de 1821, la impaciencia y la cólera no hicieron sino aumentar. Creta sufría el desprecio, el dolor, la injusticia y su corazón sangraba. El deseo desesperado hacía vacilar su razón. Se revolvía contra la bestia horrenda que la tenía en sus garras y desgarraba su propia carne, quemaba sus propias aldeas, arrancaba sus olivos y sus viñas y amontonaba cadáveres desde sus montañas áridas hasta el umbral de Dios»⁹.

«¡Libertad o Muerte! Creta es una isla donde arde una llama... Sobre Creta sopla un huracán de luz. Y este libro épico, heroico y trágico es un mundo en sí mismo, sobre el que vuela con las alas extendidas un águila: Kazantzakis» (A. den Doolard).

«El Capitán Miguel la cogió al vuelo, por los pelos y la blandió como un estandarte. Una claridad feroz iluminaba su cara. ¿Era alegría inhumana, divina obstinación, desprecio de la muerte? ¿O incontenible amor por Creta?...»¹⁰.

«Yo también sentí que mi pobre corazón gritaba como la inmensa Rusia. Me juré a mí mismo dar una unidad a mi vida, liberarme de mis mil servidumbres, vencer el miedo y la mentira, no aceptar que unos hombres opriman a los demás; me juré que daríamos a todos los niños del mundo aire puro, juguetes e instrucción, a la mujer libertad y ternura, al hombre bondad y cortesía; y un grano de trigo a ese pajarito que es el corazón del hombre»¹¹.

«Todo hombre, todo pueblo carga su cruz a sus espaldas; la mayoría la lleva hasta su muerte y no se encuentra a nadie para crucificarlos. Feliz el que es crucificado, porque sólo él conocerá la Resurrección»¹².

Nuestro deber es darnos cuenta de nuestro momento histórico. «Más de acuerdo se está con la corriente que avanza, más se ayuda a la difícil ascensión, llena de peligros e incerditumbres, y a la liberación del hombre»¹³.

9 N. Kazantzakis, *Libertad o Muerte*, Ed. Carlos Lohlé, 1973, Buenos Aires, p. 60.

10 *Ibid.*, p. 444.

11 N. Kazantzakis, *Carta al Greco*, *Op. cit.*, p. 492.

12 *Ibid.*, p. 506.

13 *Ibid.*, p. 508.

«Siento profundamente que un hombre que lucha asciende de la materia bruta a las plantas, luego a los animales, de los animales a los hombres, y combate por la libertad»¹⁴.

«Nunca me avergoncé tanto de mi alma como delante de Zorba... Cuando nos separamos, emprendí de nuevo el camino de la tinta y los papeles, llevando auestas la herida incurable de la flecha sangrienta que, por no saber cómo nombrarla, llamamos espíritu»¹⁵.

«Todo hombre que vive hoy está desgarrado por el destino dramático de nuestro tiempo. Y más que todos, el creador»¹⁶.

«En otras épocas equilibradas, el oficio de escritor pudo ser un juego; hoy es una pesada tarea y su finalidad no es divertir la mente con cuentos azules y llevarla al olvido. Es proclamar la movilización de todas las fuerzas luminosas que subsisten en nuestra época de transición e impeler al hombre a que supere en lo posible a la bestia. Hay tres clases de escritores: los que miran hacia atrás: romanticismo, evasión, estetas; los que miran alrededor: la podredumbre, el mundo descompuesto de hoy; los que miran a lo lejos, hacia el futuro, y luchan por crear la matriz donde se vaciará la realidad por venir»¹⁷.

El sentido de la lucha del hombre de hoy se identifica «con la gran lucha del mundo de hoy; los dos luchamos parejamente para liberarnos: yo de mis antepasados tenebrosos; él, del infame mundo antiguo; ambos, de las tinieblas»¹⁸.

«Recordé unas palabras de Zorba: 'yo actúo siempre como si fuera inmortal'. Este método, que es el de Dios, debemos seguirlo nosotros los mortales, no por impudicia o megalomanía, sino a causa del impulso invisible que obliga al hombre a elevarse; el esfuerzo por imitar a Dios es nuestro único medio de superar, aunque sea el espesor de un cabello, aunque sea un instante -recuérdese el pez volador- los límites del hombre. Y los preceptos más valiosos que nos da Dios mientras estamos aprisionados en el cuerpo, mientras somos crisálidas, son la paciencia, el recogimiento y la confianza»¹⁹.

Como el gran lírico Odysseas Elytis, afirma Kazantzakis que «lo que aligera, inmaterializa las montañas, las aldeas, la tierra de Grecia, es la luz...» «En Italia la luz es floja, femenina; en Egipto es densa y voluptuosa; en Grecia la luz es plenamente

14 Ibid., p. 516.

15 Ibid., pp. 546-547.

16 Ibid., p. 550.

17 Ibid., pp. 551-552.

18 Ibid., p. 554.

19 Ibid., p. 571.

espiritual. En esta luz el hombre logró ver claro, poner orden en el caos y forjar en él un universo. Y un universo quiere decir una armonía»²⁰.

«Grecia se me había revelado como una Creta grande que lucha a través de los siglos -era su destino- por la libertad. ¿Cuál era mi deber? Colaborar con ella; arrojar en la lucha a su lado mi vida y mi alma».

«¿Cuál es la cima más alta que puede alcanzar el hombre? -le dije, procurando consolarlo-. Es vencer el yo. Cuando lleguemos a esa cumbre, Angelos, sólo entonces seremos liberados»²¹.

Para Kazantzakis, la lucha no era un medio de alcanzar la libertad: era ya la libertad. Ello lo impulsó a redactar para sus amigos una especie de manual de acción y pensamiento equilibrados. Como afirma Aziz Izzet, en *Ascesis* el escritor trata de resolver el conflicto entre el pensamiento griego y el pensamiento bíblico.

Kazantzakis había practicado, antes de su estadía en Berlín en 1923, una severa ascesis en el Monte Athos; luego realizó una profunda contemplación búdica. Así se explica su terrible angustia para elegir entre acción y meditación. De esa angustia nació *Alexis Zorba* veinte años después. Su herencia griega platónica, la profunda influencia de los profetas bíblicos y su sentido evolucionista de la historia, así como las ideas de su maestro Bergson, configuraban el universo que él debía dilucidar. «El tiempo -dijo Bergson- es invención, en la que él no es nada». Kazantzakis abrevó también en las ideas de Marx, y no fue ajeno a la teoría de las «chispas prisioneras en la materia» de la Kábala, que está en Hegel: la luz desparramada, exiliada en la piedra, la planta, el polvo. El hombre libre la ha de liberar. Al liberarla se libera a sí mismo.

Ya Sócrates remarcaba que el hombre debe ser educado para una de dos cosas: para gobernar o para ser gobernado. El hombre que va a gobernar tiene que aprender a anteponer el cumplimiento de los deberes más apremiantes a la satisfacción de sus necesidades físicas, sobreponerse al hambre y a la sed. Acostumbrarse a dormir poco, acostarse tarde y levantarse temprano. Sócrates designa esta educación para la abstinencia y el dominio de sí mismo con la palabra griega *ascesis*, equivalente a la inglesa *training* (Jenofonte, *Mem.*, II, 1,6).

En el momento en que Sócrates apunta al problema moral, aparece en el idioma griego la palabra *enkrateia*, que significa dominio moral de sí mismo, firmeza y moderación. También aparecerá luego en dos discípulos de Sócrates: Jenofonte y Platón. La *enkrateia* no es una virtud especial sino la base de todas las virtudes, pues equivale a emancipar a la razón de todas las tiranías de la naturaleza animal del

20 Ibid., p. 200.

21 Ibid., p. 207-231.

hombre y a estabilizar el imperio legal del espíritu sobre los instintos. Por lo tanto, para Sócrates, *enkrateia* es el dominio «de sí mismo». Este concepto ya es el germen del estado ideal de Platón y lleva implícito un nuevo concepto de la libertad. Se va formando así un nuevo concepto de libertad interior que llega al griego moderno y a la filosofía contemporánea. Incluso la «autarquía» del sabio hace revivir los rasgos fundamentales del héroe mítico, encarnado en la figura de Heracles y en sus trabajos (*ponoi*), en el hecho de ayudarse a sí mismo. Ahora esta fuerza se convierte en fuerza interior²².

Para Kazantzakis, *Ascesis* es un intento de síntesis de todas estas ideologías. Implica los siguientes momentos: 1) La Preparación; 2) la Marcha; 3) La Visión; 4) La Acción; 5) El Silencio.

Esta *Ascesis* implica dominar la carne y la materia para retornar a Dios, y, por voluntad de la inteligencia, redimir la espiritualidad. El hombre escucha un grito, el de la «chispa prisionera». «Aúna tus fuerzas y escucha. El corazón entero del hombre no es más que un grito; inclínate sobre tu pecho para oírlo: alguien en ti lucha y ama...» «Subo titubeando y jadeando tras el Desconocido. La terrible marcha mística comienza»²³. El hombre percibe que él es fruto de una difícil victoria: «La esencia de nuestro Dios es la lucha». «Percibimos sobre la tierra una línea roja que se eleva de la materia a la planta, de la planta al animal, del animal al hombre». «Este movimiento indestructible y prehumano es la única progresión visible del Invisible sobre esta tierra. Plantas, animales y hombres son los escalones que crea Dios como gradas para su ascensión»²⁴.

El hombre, consciente de su libertad y de su papel creador, decide entrar en acción. «Nuestro deber humano más profundo no es analizar el ritmo de la marcha de Dios, sino el de ajustar sobre El, el de nuestra vida precaria».

«Sólo así, nosotros, mortales, podremos hacer algo inmortal: colaborando con 'El'. «Sólo así podremos superar nuestra sujeción al detalle, pecado mortal, entre todos, y la estrechez de nuestro entendimiento, transformando así la esclavitud de la materia»²⁵

Y más adelante reincide en el tema de la lucha: «No; Dios no nos salvará' nosotros salvaremos a Dios por la lucha, por la creación, por la transformación incesante de la materia en espíritu».

22 Werner Jaeger, *Paideia*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1958, México, pp. 432-434.

23 N. Kazantzakis, *Ascesis, Obras Selectas*, Ed. Planeta, Barcelona, 1973, pp.972-974.

24 Ibid., p. 997.

25 Ibid., p. 1000.

El Silencio representa la culminación de la maduración. Pero antes reitera: «Muere cada día. Nace cada día. Niega lo que posees cada día. Lo esencial no es ser libre, sino luchar por la libertad»²⁶.

Nosotros no vamos a una unidad de Dios, como dice su autor. Nosotros somos Dios que nos ha creado libres: «Cada uno tiene su propia salvación, cada uno es libre absolutamente... Cada uno, elevándose sobre su propia cabeza, escapa a su pequeño cerebro lleno de preguntas»²⁷.

El Credo de Kazantzakis proclama «NI EL UNO EXISTE». Esto no es la muerte de Dios, sino la ascensión del hombre.

Una de las últimas obras de Kazantzakis, *La última tentación*, nos muestra su infinita cercanía al *Antiguo Testamento* y su profunda preocupación por la llegada del Mesías: es por Él y a través de Él como toda la historia alcanzará su sentido.

Para el autor cretense, la doble sustancia de Cristo fue siempre un misterio profundo e impenetrable: «el deseo apasionado de los hombres, tan humano, tan sobrehumano, de llegar hasta Dios o, más exactamente, de retornar a Dios para identificarse con Él... Desde mi juventud, mi angustia primera, la fuente de todas mis alegrías y de todas mis amarguras, fue ésta: la lucha incesante e implacable entre la carne y el espíritu... Era una angustia abrumadora. Amaba mi cuerpo y no deseaba que se perdiera; amaba mi alma y no quería verla envilecida. Luchaba por reconciliar aquellas dos fuerzas cósmicas antagónicas». «Todo hombre es un hombre-Dios, carne y espíritu»²⁸.

Seguir a Cristo implica conocer profundamente su lucha y su angustia y ver cómo ascendió, a través del sacrificio, hasta llegar a la más alta de las pruebas: la Cruz. «Mientras escribía esta confesión de la angustia y la gran esperanza de los hombres estaba tan emocionado que mis ojos se arrasaban de lágrimas. Jamás había sentido caer gota a gota la sangre de Cristo en mi corazón con tanta dulzura, con tanto dolor».

Esta novela, llevada al cine por Scorsese, tuvo poca comprensión por parte de la crítica. Porque Kazantzakis confiesa: «Cada instante de la vida de Cristo es una lucha y una victoria. Triunfó del irresistible encanto de las sencillas alegrías humanas, triunfó de la tentación; transformaba incesantemente la carne en espíritu y proseguía su ascensión; llegó al cima del Gólgota, subió a la Cruz». Ni siquiera «la última tentación», que duró lo que un relámpago, turbó los instantes últimos del Salvador.

26 Ibid., p. 1017.

27 Ibid., pp. 1024-1025.

28 N. Kazantzakis, *La última tentación*, Ed. Lohlé-Lumen, 1996, Buenos Aires, p. 7.

«Este libro ha sido escrito para dar ejemplo supremo al hombre que lucha, para mostrarle que no debe temerle al sufrimiento, la tentación ni la muerte; porque todo puede ser vencido y ya ha sido vencido. Cristo sufrió y luego el sufrimiento quedó santificado... La tentación fue vencida. Cristo fue crucificado y luego la muerte fue vencida»²⁹.

El autor cretense, heredero de los griegos clásicos, de Doménico Theotocópulos, lector de Bergson, de Nietzsche, seguidor de Hegel y Marx, educado en la Escuela Católica Francesa de Naxos, movido por el entusiasmo de lo que creía un nuevo rumbo de la justicia para los hombres, en el fondo de su alma guardaba la impronta de la mística griega ortodoxa y por eso confiesa: «Todo hombre libre que lea este libro rebosante de amor amará más que nunca, más intensamente a Cristo».

* * *

THE SENSE OF FREEDOM IN KAZANTZAKIS' WRITINGS

Ana Paissanidis de Georgalos

The authoress developes her ideas about freedom, from which Love is indissoluble: the love that joins human beings and make them being a complete unity.

Kazantzakis worship this love throughtout all his work, and makes us remember the long-lasting fights of the Greek people for their freedom. Besides, he places the topic of the fight for freedom in the centre of his concept of Man, that is, the *Fighting man*. "I deeply feel that a man who fights ascends from simple material stuff upwards to plants, then to animals, and finally to the Man, fighting for his freedom".

The authoress states that for Kazantzakis, fighting is not only a means to reach freedom, but also it is freedom itself.

In the *Ascetic (Ascesis)*, written in 1923, the writer wanted to give a sort of guide of thought and action. This brief work shows the various sources that influenced him, such as Socrates, Nietzsche, Bergson, the "sparks prisoner of matter" theory from the Kabala, present in Hegel. The free man is bound to free the light exiled in the stone, the plant, the dust. To free them is to free one self.

Finally, the authores examines some concepts from *Ascetic* and recall some aspects of *The last temptation*.

Trad. J. Cristián Castillo

²⁹ Ibid., p. 10.